

tranquila conformidad de político avezado á los combates y apercebido á las calumnias. No tuvieron, por su parte las filas del partido avanzado igual conformidad, temiendo del disentiendo grandísimos estragos. Todo el mundo con los avanzados vió en las incidencias de tal debate un semillero de odios implacables entre los revolucionarios y un motivo de indecibles satisfacciones para los cortesanos. Así trataron de reanudar á los dos rivales, y pusieron mano en esta indispensable reanudación de sus relaciones y amistades con grandísimo empeño. Pero ¿cómo conseguirlo? Brissot no podía retroceder tras tanto cacarear la guerra. Y Robespierre no podía desmentir su carácter intransigente y rígido, en el cual se había encastillado con perseverancia desde su primera edad. Si el incommovible se conmovía, peligraba la patria. Sin embargo, el incommovible se conmovió; y conmovido, no sintió empacho en declarar, confeso y arrepentido, haber proclamado la paz, tras lo cual se adhirió al propósito y al pensamiento de la guerra. Unidas sus ideas, facilísima cosa, unir también sus personas. Pero nunca lo hubieran hecho. Un acontecimiento, facilísimo en las luchas entre los partidos, indispuso de muerte, hasta la eternidad, á Robespierre con Brissot. Después de haber pasado aquel por una humillación tan grande como declarar erróneas sus ideas personales respecto de la paz y admitir las ideas del rival; éste, lejos de ofrecer la modestia, que á un generoso vencedor corresponde, se vanaglorió del hecho, si no en persona, por medio de los condotieros, acompañantes, como facción catilinaria, de los jefes en las milicias políticas. Brissot dijo siempre que no había permitido, y menos aconsejado, diesen á Robespierre en rostro con su retractación; pero añadiendo que como no reina suma disciplina entre los escritores, á las intemperancias, connaturales á éstos, frecuentísimas en sus escritos, debía imputarse tal desaguisado, y no á su particular voluntad, pues sentíase resuelto al proceder aconsejado por todos de una cordial inteligencia con el redomado jacobino. Este por su parte, nunca perdonó á Brissot. Sus rencores sin desahogo, reconcentrados con prontitud, y nunca disminuidos en el momento de brotar, reventaba por cualquier motivo, á cualquier impulso, en abrasadoras lavas. Y únicamente dijo que si adivinara el abuso hecho por su contradictor de una docilidad, á su carácter ajena, y la ofensa ó agravio á su persona, con ocasión de tal docilidad inferidos, nunca la tuviera, como nunca olvidaría el gravísimo hecho. Con efecto, nunca pudo el pérfido estadista olvidarlo. Y, como concibiera odio de muerte contra Brissot, se propuso un desquite mortal; y lo alcanzó. Estos juicios desfavorables á su tenacidad indiscutible y á su perseverancia patentísima, recrudecieron los odios del jefe de los jacobinos al jefe de la Gironda, y determinaron hechos; cuya importancia y trascendencia hoy todavía tocamos, apareciendo el mayor tras la falta de una derecha monárquica en el Cuerpo Legislativo, la transformación profunda de este gran poder por el paso de la fracción girondina unánime á la derecha, tocando en las fronteras de una república parlamentaria y la toma de posesión por los partidarios del austerísimo Robespierre, por los jacobinos

congregados en el Parlamento, de una izquierda extrema, donde pugnarian por una República dictatorial, aunque ni la propusieran, ni la nombraran así, en el minuto supremo de la ruptura entre Robespierre y Brissot. El temporal, pues, arreciaba. La corte iba, por vientos del cielo arrastrada, contra los cuales apenas podía cosa ninguna la humana voluntad, en brazos de secta republicana, más conservadora, pero al cabo republicana. Y semejante secta, en su camino llegada por la fatalidad al gobierno, tenía que defender la corona de los detrimentos por ella misma, con tenacidad á la corona hechos, mientras los reyes, determinados por la fatalidad á una entrega de su corona en manos de los girondinos, tenían que autorizarlos y defenderlos tanto en ese periodo cuanto los habían desautorizado y combatido antaño. En tal situación perdió la corona sus partidarios más decididos por su ruptura con la emigración y con los constitucionales como perdiera la escuela girondina su apoyo en el pueblo por la lucha entre Brissot y Robespierre, que los periódicos y los periodistas envenenaran, y que impelieron los jacobinos á una enemiga implacable, inextinguible, feroz, con la Gironda, sitiada por todas partes y malherida, en la completa plenitud del gobierno y en la cima vertiginosa del triunfo. Y á éstas, el club por excelencia, el club adscrito á Robespierre fué teatro de una escena conmovedora y épica. Representantes de las tres únicas naciones libres, á la sazón existentes en el mundo, América, Inglaterra, Francia, se reunían bajo aquellas ahumadas bóvedas, mal esclarecidas por las teas que les daban á una con sus mortuorios centelleos y sus humaredas espesísimas, fantástico aspecto, jurando hermandad, encaminada de suyo á defender el derecho humano ante todos los gobiernos y en todas partes. No tenía representación dentro de aquel Concilio de la libertad Suiza, porque sus ciudadanos estaban sujetos bajo la República y sus leyes, á una tremenda oligarquía, opuesta del todo al derecho humano como lo formulaba la Revolución francesa. Mas, el conmemorar los tres banderas de los tres pueblos libres, izadas á la vista de todos, y significando que no podía fallar el progreso en la tierra, si contaba con tres porciones geográficas, tan extensas, y tres familias sociales tan ilustres, desataba todas las lenguas y enardecía todos los corazones. El más oído entre todos los oradores de la Gironda, Isnard, menos perfecto que Vergniaud y más arrebatador, presidía la sesión. Henchido el club y rebosante de pueblo; colgadas las bóvedas con aquellas oriflamas tan queridas; soltado el verbo de la redención universal; enardecidos los espíritus al contacto de unos con otros; vibrantes los labios de palabras sacramentales en el lenguaje revolucionario; relampagueando los ojos y vociferando los pulmones; Isnard cogió una espada que había sobre la mesa, y como si quisiera imitar las ceremonias caballerescas medioevales, la blandió con fuerza, hizo con ella una cruz en el aire, y declaró, á nombre de Francia, la guerra contra el despotismo de los tiranos y á favor del derecho de los pueblos.

Con efecto, la coalición de los Reyes absolutos contra los pueblos libres quedaba hecha. Leopoldo, el más poderoso de los Monarcas, sobre quienes ejercía una especie de autori-

dad honoraria, por tener muchas testas coronadas bajo su presidencia, como Emperador de Austria; interesadísimo de oponerse á la Revolución francesa y en amparar á la Reina de Francia, por ser su hermano, publicaba un manifiesto, donde hacía constar la coalición monárquica, pero no declaraba la guerra de ningún modo al pueblo, como querían los emigrados á la continua, y alguna vez Antonieta. Maldecía del partido revolucionario; honraba los jacobinos, llamándoles extraviada secta, con lo cual prosperábalos, hasta recomendarlos al espíritu y al ánimo del pueblo; mas no rompía con los franceses en abierta guerra, magüer los apremios de todo el estado mayor de la reacción europea. Los cargados por la sociedad con los tremendos deberes y responsabilidades, gravísimas del poder público, no suelen, ante las crisis sociales, arrestarse á los actos temerarios como el vulgo á las temerarias palabras. Así Leopoldo entretenía las esperanzas de sus regios hermanos cautivos, mas no se determinaba por ninguna resolución, que pudiese conducirlo á un patente compromiso de dificultosa y grave salida. Existían por aquellos tiempos complicaciones, de las cuales apenas podríamos hoy allegar un concepto y emitir un juicio, si no constasen, como constan, en los archivos de la Historia. El problema de Francia se les aparecía tanto al Papa como al Emperador, en calidad de cuestiones interiores, amén del carácter internacional y exterior connaturalísimo á todos los graves problemas políticos. El Papa no podía considerarse tan sólo un Soberano de Roma, se consideraba también un Soberano de Aviñón. Y en Aviñón acababan de combatirlo y destronarlo. Antes habían depuesto los franceses al Papa que al Rey. Por consecuencia, combatiendo á su vez el Papa la Revolución francesa, no sólo servía el interés ó idea de todos los reaccionarios, también servía sus propios intereses é ideas. Algo parecido pasaba en Austria. Los franceses, en su emancipación y por su libertad, acababan de extirpar la vieja encina del feudalismo, y este desarraigo de árbol tan ponzoñoso, lo mismo se había sentido en las tierras del Norte que en las tierras del Mediodía. Y en el Norte se hallaba, tiempo hacia ya, bajo el dominio francés, la incomparable Alsacia: Y en Alsacia existían feudos alemanes, contra cuya supresión protestaban los señores alsacianos, mantenidos en tamaña protesta por su natural jefe y supremo imperante Leopoldo, el Emperador de Alemania. Ofrecieron los franceses una indemnización; y los señores, juzgándose mal indemnizados, pugnaron por ver llegar el conflicto hasta la guerra. Y se llamaba la guerra, concebida en el magín de tan desalmados magnates, una guerra chica. Por manera que todas las calamidades juntas del antiguo régimen se unían para combatir ó corromper el régimen reciente, imposibilitado de transigir con los privilegios opuestos á la igualdad del derecho. Para ver cuántos monstruos y cuántas monstruosidades habían de contrastar los innovadores, no hay sino reconocer que al Norte campeaba el feudalismo de las conquistas y al Mediodía el feudalismo de la teocracia. No podían subsistir todos aquellos crímenes sociales, después de allegar el humano espíritu la idea del derecho en su conciencia y en su ciencia, pues, á no intentarse

la terminación y el desarraigo de todos ellos, nunca transcendiera la idea, real de suyo, á la realidad pura, como trasciende á la vida toda el sol vivificador, desmintiéndose las leyes del alma, cuyo poder no puede por modo alguno desmentirse, cual no puede tampoco desmentirse por nadie ni por nada el poder de las leyes naturales. Los privilegios produjeron intereses, y estos intereses levantaron, viéndose pisados, los áspides, como los levantan las víboras y las serpientes, cuando las pisan. Y el aspid asesino, que podían los privilegios blandir para su defensa, y podían clavar en el enemigo para daño de este último, era la conquista, con su apocalíptica legión de ángeles exterminadores, como son á saber, la tala, el destrozo, la matanza, el exterminio, el aniquilamiento, pues no les quedaba otro recurso que apelar á la fuerza y á la violencia, manteniendo el despotismo de su autoridad con el despotismo de sus armas. Nunca hubo idea progresiva que dejase de malherir intereses reaccionarios y nunca hubieron intereses reaccionarios malheridos que dejasen de acudir á su defensa en porfiados combates y titánicas guerras. Así había sucedido, cuando Roma tuvo que abrirse á la espiritualidad cristiana y al individualismo germano; así, cuando tuvo que hacerse la sociedad medioeval tanto á los influjos del Catolicismo como á los poderes del pontificado; así, cuando para cumplir el canon evangélico de una separación entre lo espiritual y lo temporal, se incindió, la única universal autoridad en dos, distribuyéndose sus mitades entre los Emperadores y los Papas; así cuando quiso arrancar el Imperio su báculo á la Iglesia y la Iglesia su cetro al Emperador, arrepentidos ambos de las sendas concesiones hechas por cada uno al poder del otro; así, cuando nacieron, tras las cruzadas, los municipios europeos, y tras la liga lombarda, los gobiernos republicanos de Italia durante un siglo como el duodécimo; así cuando estalló la conciencia en el protestantismo, cuando la tierra se completó á los descubrimientos hispánicos y lusitanos, cuando se introdujo por la paz de Westfalia el derecho á la libertad religiosa en el derecho internacional humano, cuando Inglaterra fundó la libertad, América la democracia; y no había de quedar indemne, sin lágrimas ni sangre, la Revolución francesa, que hubiera sido en tal caso divina, pero nó como es, profunda y verdaderamente.

Mientras los Reyes maquinaban á una la perdición del pueblo francés, componía y cantaba este pueblo la Marsellesa en coro, cuyas notas armoniosísimas debían esparcir más terror en el ejército de la Realeza que los estallidos estridentes de las balas homicidas. En la tragedia helena el coro llevaba la representación del pueblo, entonando himnos puros de gracias á los dioses, mientras aquellos sus antagonistas cometían toda suerte de crímenes y se aniquilaban unos á otros en espantosas luchas. Durante la Revolución francesa, el toque de rebato, las quejas y clamores sugeridos por matanzas continuas, el estridor de las carretas conduciendo por los arroyos de las calles aquellos infelices condenados al cadalso, el golpe de la cuchilla en el cuello y de la segada cabeza en el cesto, se apagan y se olvidan entre las estrofas cantadas por los jóvenes guerreros, héroes parecidos á los

CAPILLA ALFONSENA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. B. I

trescientos espartanos de las Termópilas, tan aptos para el heroísmo en los combates, como para el himno en los coros. Misteriosas relaciones las conocidas entre los puntos matemáticos en geometría, las notas del pentagrama en música, la estrategia y la táctica en combates. Cuando lanzaban los monarcas sus manifiestos de reacción y respondían las tribunas varias de los congresos franceses con arengas de guerra, oíanse por las calles del viejo París unos arranques de alegría, unas voces de combate, unas carcajadas de satisfacción, unos acentos de música, unos ecos de coro que daban al cielo nebuloso esmaltes de Grecia, como el Sena triste, aromas de jazmines, y como al pueblo entero exaltación meridional. ¿Que pasaba? Pues cosa bien inesperada y súbita, pero natural y simple: la entrada en París de seiscientos marseleses, idos allí en defensa de la revolución, é ingresados dentro de París al guerrero, pero libertador, acento de la incomparable Marsellesa. ¡Cuáles relaciones entre la vista y el oído, tan estrecha como las existentes entre los paladares y los olfatos! El color y el sonido se parecen mutuamente por las gradaciones del uno y por las escalas del otro. Cuántas veces un idilio de Galicia huele á la mente del sereno Miño y á las aguas del siciliano mar una melodía de Bellini. El himno guerrero de verdad ejerce un influjo tal de coraje y heroísmo en los individuos y en las agrupaciones, y hasta en los brutos, pues el caballo de guerra impaciente relincha por el peligro mientras piden los héroes y los mártires á una, sin deliberación y sin conciencia, el frío beso de la muerte, como puede pedir el novio recién unido á su esperada esposa el ardoroso beso de la boda. Largos tiempos han transcurrido desde que los griegos peleaban por la patria donde cantó Tirteo; desde que los israelitas dirigieron en coro el cántico de Moisés al cielo por haber sumergido en el rojo mar la caballería de los Faraones y haber abierto al pueblo redimido en los desiertos las gradas del Sinaí revelador; desde que la Virgen María entonó el *Magnificat*, deponiendo á los omnipotentes de su trono y exaltando á los humildes; desde que los mártires, antes de morir en el circo, entonaban el salmo de libertad en los oficios religiosos de las Catacumbas; desde que Rouget de L'Isle compuso la Marsellesa contra los Reyes absolutos en socorro y exaltación de la democracia perseguida y amenazada; desde que nuestro inmortal Quintana puso con enrojecido estilete de sus patrióticas odas á la independencia nacional el sello de una reprobación eterna en la frente del ciclópeo irruptor; y todavía nos parece hoy, por virtud y obra de tales maravillosas cadencias, que á todos aquellos sacrificios hemos asistido y por todas aquellas causas peleado, vivos en el campo sus laureles y vivos en la Historia sus recuerdos. Una brisa llena de inspiraciones pasó por la candente revolución. ¡Cuál día de festividad, este día de la entrada en París del pueblo marsellés! ¡Oh fecundidad meridional! Verdinegros y plateados olivos de las colinas rojas besadas por los ondulados estremecimientos del mar azul; palmas imperecederas, simbolizarán eternamente las humanas victorias; olorosas y albas flores del mirto, en cuyos cálices aspiraban los mortales allá por las edades clásicas el

aroma de su prometida y aguardada inmortalidad; álces agudos que al aire levantáis vuestros candelabros multicolores y nopales coronados de chumbos que á su vez coronan hojas amarillas; pámpanos de la vid con vuestras uvas embriagadoras y pámpanos de la higuera con vuestros higos melifluos; laureles de Apolo, por cuyos topes purpurean las arreboladas rosas de Dafne y á cuyo ramaje brillantísimo el jazmin selvático se ase y se agarra en apretadísimos abrazos; aguas mediterráneas, donde los corales y las perlas se cuajan y las ninfas se bañan en opaladas conchas y el cabrilleo de la luna y la estela del bareo remedan en sus espacios luminosos los espacios celestiales, guardáis, tierras del Mediodía con vuestros coros de ruiseñores, y vuestros nidos colgantes como frutos de todas las ramas, exceso tal de vida, que los más vulgares hijos vuestros tienen actitudes como de griegas estatuas y alegrías como de olímpicos dioses.

¿Quién llevó los primeros marseleses á París? Pues los llevó Barbaroux. Al mentar este nombre, nuestra historia se halla frente á una personalidad famosa, magüer no sea tan meritoria como famosa, descollando siempre, bien que por los términos segundos y entre las segundas partes. Según la tradición, Barbaroux fué primero entre los primeros, en calidad, no tan importante para el hombre como para la mujer, en belleza. Sus bellas amigas contaban á cuantos no le conocieran, cómo se podía emparejar con las estatuas de Antinoo, existentes en Roma, las cuales también se asemejan al célebre Apolo del Belvedere, aclamado y encarecido así por Goethe como por Winkelman. Esta condición le valió muchísimas burlas, pues desde sus camaradas en el colegio hasta sus correligionarios en la política, le daban bromas con sus perfecciones, entre sí chanceándose y de él riéndose. Con efecto, por tal modo aquel gallardísimo joven de muy helénica sangre diera un salto atrás hacia su atavismo secular, que parecía remedo acertadísimo de las efigies clásica, y como parecía remedo de tales modelos, si las remedaba en corrección, en frialdad las remedaba también. Pedido dentro de aquel Etna de la revolución, donde todos morían jóvenes, abrasados por sus llamaradas, recuerda los adolescentes delineados por el buril de los escultores antiguos en mármoles penthólicos. Cuando Rude trazó para el Arco triunfal de la Estrella su Marsellesa, y bajo la Euménide, profiriendo gritos guerreros de sus abiertas fauces, que despiden huracanes, talló un joven ateniense, desnudo cual si viniera de las arenas olímpicas, los borceguíes de Diana al pie y á la cabeza el casco de los héroes, requiriendo una espada digna de Maratón, y entonando en sus labios vibrantes aquellos inmortales cánticos de Tirteo, á cuyo recuerdo se avivan en el corazón humano los afectos de patria y libertad, seguramente recordó al marsellés heleno que se llamara Barbaroux. Negra y ensortijada la cabellera; más negros y fulminantes los ojos; el atractivo labio, muy gordo y muy purpúreo, del color de la granada; los dientes perfectos por su blancura y sus proporciones; grande la boca como de orador; albo y rosadísimo el cutis, pues la vida de gabinete le quitara el atezo de los meridionales; alegre y juguetona la san-